

## LIBRO DECIMO.

*Marcha de los Españoles a Tezcucó: sus negociaciones con los Megicanos; sus correrías, y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichtlan,, Quauhnahuac, y otras ciudades. Construcción de los bergantines. Conjuracion de algunos Españoles contra Cortés. Reseña, division, y puestos del egercito Español. Asedio de Megico; prision del rei Quauhtemotzin, y ruina del imperio Megicano.*

*Marcha de los Españoles a Tezcucó.*

CORTÉS, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de Megico, se empleaba en Tlascalá con suma diligencia en la construcción de los bergantines, y en la disciplina de sus tropas. Obtubo de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazon, y otros materiales de los navios que habia mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlatcucye\*. Avisó a los Huejotzincas, a los Choluleses, a los Tepeyaqueses, y a otros aliados, a fin de que alistasen sus tropas, y hizo reunir una gran provision de municiones de guerra, y de boca, para el numeroso egercito que pensaba emplear en el asedio de Megico. Cuando le parecio oportuno ponerse en marcha, pasó reseña a su tropa, que se componia de cuarenta caballos, y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballeria en cuatro partes, y la infanteria en nueve compañías, armadas la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela, y la cuarta de picas. Puesto a caballo enfrente de su pequeño egercito, despues de ordenarlo, habló de este

\* Solís dice que en aquella ocasion sacaon azufre los Españoles del volcan de Popocatepec para hacer polvora; que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcan antes de la conquista de Megico, y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montaña. Para probar la verdad de estos datos no es necesario ir a buscar el apoyo de un escritor Holandes, pues constan por el testimonio de muchos autores Españoles, y por los privilegios que concedio el rei Catolico a la posteridad de Montaña.

modo a sus guerreros: "Amigos, y compañeros, todo lo que yo pudiera deciros para exitar vuestro valor seria enteramente inutil, pues todos nos reconocemos obligados a reparar el honor de nuestras armas, y a vengar la muerte de nuestros compatriotas, y de nuestros aliados. Vamos a la conquista de Megico, empresa la mas gloriosa de cuantas se nos pueden ofrecer en el discurso de nuestra vida; vamos a castigar de un golpe lá perfidia, el orgullo, y la crueldad de nuestros enemigos; a ensanchar los dominios de nuestro soberano, agregandoles un reino tan grande, y tan rico; a facilitar los progresos del Evangelio, abriendo las puertas del cielo a tantos millones de almas; a asegurar con pocos dias de trabajo el bien estar de nuestras familias, y a inmortalizar nuestros nombres: estimulos todos capaces de aguijonear a los mas cobardes, cuanto mas a corazones tan nobles, y generosos como los vuestros. Yo no veo dificultad alguna que no pueda sobrepujar vuestro brio. Son muchos nuestros contrarios, pero les somos superiores en el valor, en la diciplina, y en las armas. Tenemos ademas a nuestras ordenes un numero tan crecido de tropas ausiliares, que, ayudados por ellas, podremos conquistar no una, si no muchas ciudades como Megico. No hai duda que es fuerte, pero no tanto que pueda resistir a los ataques que vamos a darle por agua, y por tierra. Finalmente, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha declarado favorable a nuestros designios. Su providencia nos ha conservado en medio de tantos desastres, y peligros; nos ha enviado nuevos compañeros en lugar de los que hemos perdido, y ha convertido en nuestro bien los mismos instrumentos que nuestros enemigos habian empleado en nuestro daño. ¿Qué no debemos esperar en el porvenir de su misericordia? El es nuestro conductor en esta grande empresa; merezcamos pues su proteccion, y no nos hagamos indignos de ella con nuestra pusilanimidad, y desconfianza."

Los Tlascalenses, que procuraban imitar la disciplina de los Españoles, quisieron hacer tambien reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompia la marcha la musica militar de cornetas, caracoles, y otros instrumentos de viento, y detras venian los cuatro gefes de la republica, armados de escudo, y espada, y adornados con hermosisimos penachos de dos pies de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios, y en las orejas, y en los pies, calzados de gran valor. Seguianles cuatro escuderos, armados de arco, y flechas, y en pos los cuatro estandartes principales de la republica, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Despues empezaron a pasar en filas bien ordenadas las tropas de



flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos o cuatrocientos hombres, y seguian las tropas armadas de espada, y rodela, y al fin las armadas de pica. Herrera, y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los piqueros diez mil, y los de espada, y escudo cuarenta mil\*.

Gicotencatl el joven hizo tambien una arenga, a egemplo de Cortés, en la que dijo a sus tropas, que al dia siguiente, como ellos sabian, debian marchar con los valientes Españoles contra Megico, enemiga eterna de la republica; que aunque el nombre solo de los Tlascalenses bastaba para amedrentar a todas las naciones de la tierra, debian apereibirse a ganar nueva gloria con sus acciones.

Cortés por su parte convocó a los principales señores de los egercitos aliados, y los exortó a una fidelidad constante para con los Españoles, ponderandoles las ventajas que debian esperar de la ruina de los Megicanos, y los males que los amenazaban, si por sugestión de estos, o por miedo de la guerra, o por inconstancia de animo, faltaban a la fê que habian empeñado. Despues publicó un bando, para gobierno de sus tropas, que contenía los articulos siguientes:

1. *Nadie blasfême de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus santos.*
2. *Ninguno riña con otro, ni ponga mano a la espada, ni otra arma para herirlo.*
3. *Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio.*
4. *Nadie fuerce a muger alguna, so pena de muerte.*
5. *Ninguno se apodere de los bienes o prendas que no le pertenecen, ni castigue a ningun Indio, si no es su esclavo.*
6. *Ninguno haga correrias sin permiso del general.*
7. *Ninguno prenda a los Indios, ni saqué sus casas, sin permiso del general.*
8. *Ninguno trate mal a los aliados, antes bien procuren todos conservar su amistad.*

\* Solis siguiendo, como él dice a Bernal Diaz, no cuenta en la reseña de los Tlascalenses mas de 10,000 hombres, y critica a Herrera por que dice que habia 80,000: pero en este como en otros muchos puntos se nota el descuido de Solis en consultar los autores. Bernal Diaz no hace mencion de la reseña de los Tlascalenses, solo dice que Cortés pidio al senado 10,000 hombres, y el senado respondió que estaba pronto a darle mayor numero de tropas. Herrera no cuenta 80,000 hombres, como dice Solis, si no 110,000, y en este computo lo han seguido Torquemada, y Betancourt. Ogeda, que estuvo presente, y mandaba las tropas aliadas, dice que eran 150,000, pero incluye a los Huejotzincos, a los Choluleses, y a los Tepeyaqueses.

Y por que de nada sirven las leyes cuando no se cela su observancia, y no se castigan los delincuentes, mandó ahorcar dos negros esclavos suyos, por que habian robado un pabo, y dos capas de algodon. Con estos, y otros egemplos hizo respetar aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservacion de sus pequeñas fuerzas.

Despues que hubo tomado las medidas que le parecieron conducentes al buen exito de su empresa, marchó finalmente con todos sus Españoles, y con un buen numero de aliados, el dia 28 de Diciembre de 1520, despues de haber oido misa, e invocado el Santo Espiritu. No quiso desde luego llevar consigo todo el egercito aliado que habia pasado reseña el dia antes, tanto por la dificultad de mantener tan gran numero de gente en Tezcucó, como porque creyó mas oportuno dejar la mayor parte en Tlascalá, para seguridad de los bergantines, cuando llegase el tiempo de transportarlos\*. De los tres caminos que habia para ir a Tezcucó, tomó Cortés el mas difícil, creyendo prudentemente que no debiendo aguardarlo por allí los Megicanos, seria mas segura su marcha. Pasó por Tetzmelocan, pueblo perteneciente al estado de Huejotzinco. El 30 contemplaron, desde la cima mas alta de aquellos montes, el hermoso valle de Megico, parte con jubilo, por ser aquel el termino de sus deseos, parte con disgusto, por el recuerdo de sus desastres. Al comenzar a bajar acia el llano, hallaron el camino embarazado con troncos, y ramas de arboles, atravesadas a proposito, y tubieron que emplear mil Tlascalenses en remover aquel obstaculo. Cuando llegaron al valle los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los Españoles dado muerte a algunos de ellos, los demas se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatepec, lugar distante ocho millas de Tezcucó, y al dia siguiente, cuando se encaminaban a aquella capital, inciertos de la disposicion de los Tezcucanos, pero resueltos a no volver atras, sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir acia ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro, y conociendo Cortés que esta era señal de paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran en efecto mensajeros enviados por el rei Coanacotzin, para complimentar al general Español; para convidarlo a ir a su corte, y para rogarle que no cometiese hostilidad alguna en sus estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pensaba treinta y dos onzas. Cortés, a pesar de estos indicios de amistad, les echó en cara la muerte dada

\* "No hai duda, dice Solis, que Cortés salio de Tlascalá con mas de 60,000 hombres." Lo cierto es que no se sabe positivamente su numero, pues ni Cortés ni Bernal Diaz lo mencionan. Gomara dice que eran mas de 80,000.



pocos meses antes, por los habitantes del pueblo de Zoltepec, a cuarenta y cinco Españoles, cinco caballos, y trecientos Tlascalenses, que los acompañaban cargados de oro, plata, y armas, para los Españoles que estaban entonces en Megico, con tanta inhumanidad, que habian colgado como trofeos, en el templo de Tezcucó, los pellejos de los Españoles, con sus armas y trages, y los de los caballos con sus arneses. Añadió que ya que no era posible compensar la pérdida de aquella gente, debian al menos pagarle el oro, y la plata que habian robado; que si no le daban la debida satisfaccion, por cada Español muerto, haria él morir mil Tezcucanos. Los mensajeros respondieron, que su nacion no era la culpable de aquel exeso, si no los Megicanos, por cuya orden obraron los Zoltepequeses; que sin embargo ellos se ofrecian a emplear toda la diligencia posible, en que se restituyese todo lo que se habia quitado, y despidiendose cortesmente del general, volvieron a toda prisa a Tezcucó, con la noticia del pronto arrivo de los Españoles.

*Llegada de los Españoles a Tezcucó, y revoluciones en aquella corte.*

Entró Cortés con su exercito en Tezcucó, el ultimo dia de aquel año. Salieron a su encuentro algunos nobles, y lo condujeron a uno de los palacios del difunto rei Nezahualpilli, el cual era tan grande, que no solo se alojaron en él los seiscientos Españoles, si no que aun cabian comodamente otros seiscientos. Mui en breve notó el general que el concurso de las calles habia disminuido considerablemente, pareciendole que no habia la tercera parte de la poblacion que viera en otras ocasiones, y sobre todo observó que faltaban las mugeres, y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposicion de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no esponer su gente a nuevos infortunios, publicó un bando en que prohibió a los soldados la salida de los cuarteles, so pena de la vida. Despues de comer observaron desde las azoteas de palacio que salia mucha gente de la ciudad, encaminandose los unos a los bosques vecinos, y los otros a los diversos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rei Coanacotzin, pasando a Megico en una barca, en despecho de Cortés, que deseaba apoderarse de él, como habia hecho de sus tres hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin, e Ijtlijochitl. En verdad Coanacotzin no podia tomar otro partido, porque ¿ como era posible que se creyese seguro entre los Españoles, despues de lo que habian hecho con sus hermanos, con Moteuczoma su tio, y temiendo que muchos de

sus subditos se aprovecharan de aquella ocasion, para declararse en contra, los unos por miedo de los Españoles, y por los intereses particulares de sus familias; los otros por vengar la muerte de Cuicuitzcatzin, y muchos para poner en el trono a Ijtlijochitl?

Las revoluciones que inmediatamente ocurrieron en aquella capital justificaron su fuga. Apenas habia estado allí tres dias Cortés, cuando se le presentaron los señores de Huejotla, de Coatlichan, y de Atenco, tres ciudades tan inmediatas a Tezcucó, segun hemos dicho, que podian considerarse como sus arrabales. El objeto de su venida era ofrecer su amistad, y alianza a Cortés, y este, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente, y les ofreció su proteccion. Informada de esta novedad la corte de Megico, envió una severa repreension a aquellos señores, mandandoles decir, que si la causa de haber abrazado tan vil partido era el miedo que tenian del poder de aquellos enemigos, supiesen que los Megicanos se hallaban con fuerzas superiores, y que con ellas esterminarian mui en breve a los Españoles, juntamente con sus aliados favoritos los Tlascalenses; que si se habian reducido a tanta estremidad por conservar los estados, y dominios que tenian en Tezcucó, pasasen a Megico, en cuyo territorio se les darian mejores posesiones: mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas, y de ceder a las promesas, se apoderaron de los mensajeros, y los enviaron a Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venian a interponer su mediacion, a fin de negociar la paz entre los Españoles, y Megicanos. Cortés, fingiendo dar credito a lo que decian, los puso en libertad, y les encargó digesen a su soberano, que él no queria la guerra, ni la haria jamas, si los Megicanos no lo obligaban a ello con sus hostilidades; que por tanto viviese apercibido, y se guardase de hacer el menor daño a los suyos, o a sus aliados, pues en este caso serian sus enemigos, y darian lugar a la total ruina de su ciudad.

Mucho importaba en efecto a Cortés la alianza de aquellas tres ciudades, mas antes de todo era necesario ganarse la corte misma de Tezcucó, tanto por la gran nobleza que en ella habia, quanto por su influjo en las otras ciudades del reino. Desde su entrada procuró grangearse los animos con su afabilidad, y buenas modales, y lo mismo habia recomendado a los suyos, prohibiendo severisimamente toda clase de hostilidad contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable a Ijtlijochitl, a quien tenia detenido, no sé por qué razon en Tlascalá. Hizolo conducir a la corte, por un buen



numero de Españoles, y Tlascalenses, presentólo a la nobleza, y obtuvo que fuese aclamado rei, y coronado con las mismas ceremonias, y regocijos que se solian hacer con los soberanos legitimos\*. Promovio Cortés la exaltacion de aquel principe, tanto por vengarse de Coanacotzin, como por tener a la nacion dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, o por que no osase oponerse a los Españoles, o por que estaba cansado de su antiguo gefe.

Era Ijtlijochitl joven de cerca de veinte y tres años. Desde la primera entrada de Cortés en Tlascala se habia declarado abiertamente en su favor; se le habia ofrecido con su egercito, y convidado a hacer su viage a Megico por Otompan, donde a la sazón se hallaba: pero en despecho de su buena voluntad, y de sus obsequios, fue prisionero de los Españoles, cuando estos salieron derrotados de Megico, y detenido en Tlascala hasta el suceso de que voi hablando. Todas estas circunstancias me hacen creer que su cautiverio no fue mas que una decorosa privacion de su libertad, dorada con alguno de aquellos pretextos que suele inventar la politica de los hombres, cuando

\* Solis en la relacion de este suceso, ademas de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés, y de los Tezcucanos, incurre en siete errores sustanciales. 1. Supone vivo en aquel tiempo a Cacamatzin, siendo así que, por testimonio de Cortés, y de otros historiadores, consta que fue muerto en la noche de la derrota de los Españoles, o poco antes. 2. Duda al principio, y luego afirma positivamente que en el mismo tiempo reinaba en Tezcuco Cacamatzin, siendo indudable que el principe reinante era Coanacotzin. 3. Hace a Cacamatzin hermano de Nezahualpilli (a quien llama *Nezabal*) de quien era hijo, como saben los que han saludado la historia de aquellos pueblos. 4. Supone que Cacamatzin mató a Nezahualpilli, fabula jamas oida en la historia de Tezcuco. 5. Cree muerto a Nezahualpilli cuando reinaba el antecesor de Moteuczoma. Ahora bien, el antecesor de Moteuczoma murio en 1502: luego Nezahualpilli fue muerto aquel mismo año, cuando mas tarde, por Cacamatzin. Cuando tubo el arrojo de matar a su rei, se debe creer que tendria a lo menos 15 años: luego en 1519, cuando el mismo Cacamatzin visitó a Cortés en Ajotzinco, tenia a lo menos 32 años, y sin embargo el mismo Solis en otra parte solo le da 25. Pero la verdad es que Nezahualpilli murio en 1516. 6. Supone a Cacamatzin usurpador de la corona, cuando consta de la historia que era el sucesor legitimo. 7. Finge que el nuevo rei se hallaba en Tezcuco cuando llegó Cortés; que este no lo habia visto antes; que la primera vez que se le presentó, quedó el caudillo Español tan prendado de su elocuencia, y gentileza, que lo abrazó sin poderse contener: todo lo cual es un tejido de fabulas, pues por las cartas del mismo Cortés, y por muchos historiadores consta, que aquel principe (cuyo nombre ignoró Solis) habia sido conocido por Cortés un año antes de su elevacion; que habia sido seis meses su prisionero, y que lo hizo venir de Tlascala para coronarlo, como se refiere en el testo de esta historia.

los guia la desconfianza, o el deseo de la propia seguridad. Con la larga practica de los Españoles, se acostumbró a sus usos, y modales. Fue instruido en la Religion Cristiana, y tomó en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés Ijtlijochitl, por respeto al general Español que fue su padrino. No gozó si no de la apariencia de la magestad, pues mas que señor de sus subditos fue ministro de la voluntad de los Españoles, a quienes hizo grandes servicios, no solo en la conquista de Megico, en que sirvió con su persona, y con sus tropas, sino en la reedificacion de aquella capital, para la cual suministró millares de arquitectos, albañiles, y operarios. Murio todavia joven en 1523, y le sucedio en el señorío de Tezcuco su hermano D. Carlos, de quien haré honrosa mencion despues. Con la exaltacion de Ijtlijochitl, y con los obsequios que Cortés le hacia se aumentó considerablemente el partido de los Españoles, y todas las familias Tezcucanas que se habian ausentado de la corte, por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras, y alegres a sus casas.

Cortés habia resuelto fijar su cuartel general en Tezcuco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servia de alojamiento a sus tropas. No podia abrazar un partido mas conducente a sus miras. Tezcuco, como capital del reino de Acolhuacan, y ciudad tan grande, y populosa, abundaba en toda clase de viveres, para el mantenimiento de sus tropas; tenia buenos edificios para su habitacion; buenas fortificaciones para su defensa, y gran numero de artifices de toda clase, para los trabajos de qué podria necesitar el egercito. Los dominios de aquel estado confinaban con los de Tlascala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la republica; la proximidad del lago era de suma importancia para la conduccion de los bergantines, y la ventajosa situacion de la ciudad proporcionaba a los Españoles la noticia de todos los movimientos de sus enemigos, sin esponerlos a sus hostilidades.

#### *Espedicion contra Iztapalapan.*

Despues de haber arreglado los negocios de Tezcuco, resolvió Cortés atacar la ciudad de Iztapalapan, para vengar en ella, y en sus ciudadanos, las ofensas que habia recibido de su señor Cuitlahuatzin, a quien atribuia la causa de las desgracias de la noche memorable de la retirada. Dejó en Tezcuco una guarnicion de mas de trescientos Españoles, y muchos aliados, al mando de Sandoval, y el marchó con mas de doscientos de los suyos, mas de tres mil Tlascalenses, y muchos nobles de Tezcuco. Antes de llegar a Iztapalapan, salieron



al encuentro algunas tropas, y fingiendo oponerse a su entrada, y peleando parte en tierra, y parte en agua, se iban retirando acia el pueblo, como si no pudieran resistir a los invasores. Empeñados Españoles, y Tlascalenses en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron en gran parte desiertas, pues los ciudadanos se habian retirado con sus mugeres, e hijos, y la mayor parte de sus bienes, a unas casas que tenian en las islas del lago: pero aun alli fueron perseguidos por los enemigos, que peleaban igualmente por agua, y tierra. Era ya mui entrada la noche, cuando los Españoles, alegres por la victoria que creian haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas, y los Tlascalenses en pegarles fuego, cuando en pocos instantes se convirtió su jubilo en espanto, pues a la luz del incendio observaron que salia el agua de los canales, y empezaba a cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dio el toque de retirada, y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Tezcucó: mas a pesar de la diligencia de las tropas, llegaron a un punto donde se habian acumulado de tal modo las aguas, que los Españoles pasaron con gran trabajo, y de los Tlascalenses se ahogaron algunos, y se perdió la mayor parte del botín. No hubiera quedado uno solo vivo, si se hubieran detenido tres horas en la ciudad, como el mismo Cortés asegura, porque los ciudadanos, queriendo deshacerse de aquel modo de sus enemigos, rompieron los diques del lago, y anegaron la ciudad. Al dia siguiente continuaron su marcha por las orillas del lago, continuamente perseguidos e insultados por los enemigos. Esta expedición disgustó mucho a los Españoles, pero aunque perdieron los despojos, y muchos fueron heridos, solo murieron dos de ellos, y un caballo. La pérdida de los Iztapalapaneses fue mucho mas considerable, pues ademas del menoscabo que sus casas sufrieron, quedaron, segun Cortés, mas de seis mil muertos.

*Confederacion de Otompan, y de otras ciudades con los Españoles.*

La pesadumbre que produjo a Cortés aquel suceso, fue mui en breve compensada por la satisfaccion de recibir la sumision, que le enviaron por medio de sus embajadores, las ciudades de Mizquic, Otompan, y otras de aquellos contornos, alegando, para obtener su gracia, que habiendolos exitado los Megicanos a tomar las armas en su favor, ellos no habian querido jamas ceder a sus deseos. Cortés, cuya autoridad se estendia tan rapidamente como se aumentaba su partido, les exigió, como condicion necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos mensajeros les fuesen enviados

de Megico, y de cuantos Megicanos llegasen a su ciudad. Ellos lo prometieron asi, aunque no sin grandes dificultades, y desde entonces fueron constantemente aliados fieles de los Españoles.

A esta confederacion siguió mui en breve la de Chalco, ciudad, y estado considerable de la orilla oriental del lago dulce: pues sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse a su partido, pero no osaban declararse, por miedo de las guarniciones Megicanas que estaban en sus plazas, les envió a Sandoval con veinte caballos, doscientos peones Españoles, y un buen numero de aliados, dándole orden de acompañar a unos Tlascalenses que deseaban llevar a su patria la parte que habian salvado del botín de Iztapalapan, y volver sobre Chalco para arrojar a los Megicanos. Dio Sandoval la vanguardia a los Tlascalenses: algunas tropas enemigas que se habian puesto en acecho, los atacaron de improviso, los desordenaron, les mataron mucha gente, y les quitaron el botín, pero sobrevinieron los Españoles, y vengaron aquel triunfo, derrotando a los Megicanos, y quitándoles los despojos. Los Tlascalenses continuaron sin peligro su viage, y Sandoval marchó a Chalco, pero antes de llegar a la ciudad, salió al encuentro la guarnición Megicana, compuesta, segun algunos autores, de doce mil combatientes. Se dio la batalla, que duró dos horas, y terminó con la muerte de muchos enemigos, y con la fuga de los otros. Los Chalqueses, noticiosos de la victoria, salieron con gran jubilo a recibir a los Españoles, y los acompañaron triunfantes a la ciudad\*. El señor de aquel estado, que habia muerto de viruelas pocos dias antes, habia recomendado eficazmente, en los últimos momentos de su vida, a los dos hijos que dejaba, que se confederasen con los Españoles, que cultivasen su amistad, y que tubiesen a Cortés por padre. Por respeto a su última voluntad, pasaron aquellos dos jovenes a Tezcucó, acompañados del ejército Español, y de muchos nobles Chalqueses; presentaron a Cortés una suma considerable de oro, y establecieron la alianza, en que se mantubieron constantemente fieles. La causa de rebelarse tan facilmente aquellos pueblos contra el imperio, era en unos el miedo de las armas Españolas, y del poder de sus aliados, y en otros el odio de la dominación Megicana. No es posible

\* Solís en la relacion de este suceso incurre en dos errores geograficos. 1. Supone que Chalco estaba contigua a Otompan, no sabiendo que entre ellas estaban la corte de Tezcucó, y otras ciudades importantes de Acolhuacan. 2. Dice que los estados de Chalco, y de Tlascala eran confinantes, cuando habia entre ellos un bosque vastisimo, y una parte de los dominios de Huejotzinco, y por otro lado mediaban los distritos mas poblados de Acolhuacan.



que sea constante la fidelidad de los pueblos, cuando en la subordinacion influye mas el terror que la beneficencia, ni hai trono mas vacilante que el que se sostiene mas bien en la fuerza de las armas, que en el amor de los pueblos. Cortés, despues de haber obsequiado a los dos principes, dividio entre ellos el estado, o por que asi lo pidieron ellos mismos, o por que le sugirieron este plan los nobles. Dio al mayor la investidura de la ciudad principal, con otros pueblos, y al menor, la de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ajotzinco, y otros.

No cesaban entretanto los Megicanos de hacer correrias en los estados que se habian unido con los Españoles, pero la diligencia de Cortés en enviar socorros a donde eran necesarios, inutilizaba completamente sus esfuerzos. Entre otros, vinieron los Chalqueses a Tezcucó, a pedir socorro a los Españoles, pues habian sabido que los Megicanos se apercebían a darles un golpe en castigo de su rebelion. No pudo condescender el general Español con sus deseos, pues habiendose concluido el corte de la madera que debia servir en los bergantines, necesitaba de toda su gente para transportarla con seguridad de Tlascala a Tezcucó, pero les aconsejó que se confederasen con los Huejotziques, con los Choluleses, y con los Quauhquecholeses. Ellos reusaron este partido, por la enemistad que siempre habian tenido con aquellos pueblos, pero al fin lo aceptaron, movidos por las instancias de Cortés, y obligados por la necesidad. Apenas se habian despedido los Chalqueses, cuando llegaron oportunamente a Tezcucó tres mensajeros de Huejotzinco, y de Quauhquecholan, enviados por aquellos señores a Cortés, para darle parte de su inquietud de resultas de unas humaradas, que sus centinelas habian descubierto, desde las cimas de los montes, y que eran indicios manifiestos de proximas hostilidades: al mismo tiempo le ofrecian sus tropas, que estaban apercebidas a ponerse bajo sus ordenes cuando necesitase de ellas. Aprovechó Cortés de tan favorable ocasion para confederar aquellos estados con el de Chalco, obligandolos a renunciar, por el bien comun, a sus particulares resentimientos. Fue tan solida aquella alianza, que desde entonces se ayudaron mutuamente sus miembros contra los Megicanos.

#### *Transporte de los materiales de los Bergantines.*

Siendo ya tiempo de llevar a Tezcucó el maderage, las velas, la jarcia, y la clavazon de los bergantines, dio Cortés esta comision a Sandoval, con doscientos infantes Españoles, y quince caballos, en-

cargandole que fuese antes a Zoltepec a castigar rigorosamente a sus habitantes, por la muerte de los cuarenta, y cinco soldados Españoles, y trescientos Tlascalenses, de que ya he hablado. Los Zoltepeques, cuando vieron acercarse la borrasca, abandonaron sus casas, para salvar la vida con la fuga, pero, habiendolos alcanzado los Españoles, muchos de ellos fueron pasados a cuchillo, y otros hechos esclavos. De alli marchó Sandoval a Tlascala, donde halló todo dispuesto para la conduccion de los materiales. El primer bergantin fue construido por Martin Lopez, soldado Español, que hacia de ingeniero en el exercito de Cortés, y se echó al agua, para prueba, en el rio de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los Tlascalenses los otros doce. Hizose la conduccion con el mayor aparato, y jubilo de los Tlascalenses, pareciendole ligera aquella carga que debia contribuir a la ruina de sus enemigos. Ocho mil Tlascalenses llevaban a hombro la madera, las velas, y todos los demas obgetos necesarios a la construccion; dos mil llevaban los viveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoi, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl, o sea Chichimeca Teuctli\*, Ajotecatl, y Teotepil, o Teotlipil. Este acompañamiento ocupaba, segun Bernal Diaz, una estension de mas de seis millas. Cuando salieron de Tlascala mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al poner el pie fuera de los confines de la republica, Sandoval lo puso a retaguardia, porque temia alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposicion ocasionó un grave disgusto a los Tlascalenses, pues se jactaban de valientes, y decian que en todas las acciones en que hasta entonces se habian hallado, habian ocupado, a egemplo de sus mayores, el puesto mas peligroso, de modo que Sandoval tubo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas, y acompañado de todos sus oficiales, salio a recibir el convoi, y abrazó, y dio gracias a los señores Tlascalenses por sus buenos oficios. Su entrada en Tezcucó, que se hizo con el mejor orden, duró tres horas. Las

\* Este Chichimecatl, que hace tanto papel en nuestra historia, no parece que fuese el padre, que ya era mui viejo, sino el hijo, que tenia el mismo nombre, y que en la guerra de Españoles, y Tlascalenses tubo el grave disgusto de que he hablado. Ajotecatl es llamado así por Torquemada en la historia, pero en el indice lo llama Ajutecatl. Al otro gefe da en la historia el nombre de Teotepil, y en el indice el de Teotlypil. Yo sospecho que aquel noble Tlascalés fuese Ajotecatl, padre inhumano, que en odio de la fe Cristiana mató despues a dos hijos suyos. Cortés llama a estos gefes Tutecatl, y Teupitl.



tropas de una y otra nacion gritaban *Castilla, Castilla, Tlascalá, Tlascalá*, en medio del estrepito de la musica militar.

*Espediciones contra las ciudades de Jaltocan y Tlacopan.*

Apenas llegó Chichimecatl, cuando, sin descansar del viage, rogó a Cortés que lo emplease a él, y a su tropa en alguna expedicion contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlascalá para egecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Tezcuco una buena guarnicion, y dadas las ordenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha, al principio de la primavera de 1521 con veinte y cinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes Españoles, treinta mil Tlascalases, y una parte de la nobleza Tezcucana; y porque temia que los Tezcucanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto a los enemigos, y trastornasen sus proyectos, salio de aquella ciudad sin descubrir a nadie el termino de su viage. Caminó el egercito doce millas acia el Norte, y pasó la primera noche a descubierto. El dia siguiente se dirigió a Jalcocan, ciudad fuerte situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que a ella conducia, y que, como la de Megico estaba cortada con fosos. La infanteria Española, sostenida por un buen numero de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos, y flechas, que hirieron a muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas Españolas, abandonaron la ciudad, y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta epedicion, se encaminó el egercito a Quauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razon; pero la hallaron despoblada: pues los habitantes, amedrentados con lo que habian oido de Jaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron a Tenayocan, y a Azcapozalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente llegaron a la corte de Tlacopan, termino que se habia propuesto Cortés, con el obgeto de negociar algun convenio con Megico, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos a oponerse a los invasores. Atacaron en efecto con su acostumbrado impetu a los Españoles, y pelearon valerosamente largo rato: mas al fin no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron a la ciudad. Los Españoles, por ser ya entrada

la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al dia siguiente, los Tlascalases pegaron fuego a una parte de la poblacion, y en los seis dias que permanecieron allí los Españoles, tubieron continuos encuentros, y hubo algunos duelos famosos entre Tlascalases, y Tlacopanases. Unos y otros combatieron con extraordinario valor y desfogaron en oprobrios el odio que mutuamente se profesaban. Los Tlacopanases llamaban a los Tlascalases damas de los Españoles, sin cuya proteccion nunca se hubieran atrevido a llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlascalases respondian que a los Megicanos, y a todos sus partidarios se debia mas bien el titulo de mugeres, pues siendo tan superiores en numero a ellos no habia podido dominarlos en ningun tiempo. Tambien prodigaron los enemigos insultos y denuestos a los Españoles, convidandolos por burla a entrar en Megico, para mandar allí como señores, y gozar de todos los placeres de la vida. “¿Te parece, Cristiano, decian a Cortés que iran ahora las cosas como antes? ¿Piensas que reina en Megico un Moteuczoma sacrificado a tus caprichos? Entra en la corte, y seras en breve inmolido con todos los tuyos a los dioses.” En las acciones que sostubieron aquellos dias los Españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron a los memorables fosos en que habian sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estubieron proximos a perecer, porque empeñados en perseguir a unas tropas Megicanas, que habian salido a insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados, de una y otra parte del camino, por tan gran numero de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar a tierra firme. En este conflicto, tubieron cinco Españoles muertos, y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal exito de su expedicion, volvio, con su egercito por el mismo camino a Tezcuco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los enemigos, que atribuian su retirada a cobardia, y desaliento\*. Los Tlascalases, que acompañaron a los

\* Solis, queriendo desmentir a Bernal Diaz, dice: “por mas que diga nuestro historiador de esta expedicion, fue tan importante al fin principal, que apenas regresado Cortés a Tezcuco, vinieron suplicantes a prestarle obediencia los caciques de Tzacapan, Mascalzingo, y Auhtlan (asi llama a Tuzapan, Mejcaltzinco, y Nauhtlan) y otros pueblos de la orilla septentrional: lo que da a conocer que los Españoles volvieron con reputacion, &c.” Pero, dejando aparte la espresion ambigua *orilla septentrional*, que algunos lectores aplicarán quizas a la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse a enviar esta